



ASOCIACIÓN MUJERES UNIVERSITARIAS
TRES ARROYOS
COLÓN 218 - Dto. E - (7500) TRES ARROYOS

Asociación
amigos del



TEATRO
MUNICIPAL
de TRES ARROYOS

Av. Rivadavia n°258
Tel/fax (0983)30779
(7500) Tres Arroyos



BIBLIOTECA
PÚBLICA
SARMIENTO
FUNDADA EN 1899

AV. MORENO 348 - TEL. (0983) 26142
7500 TRES ARROYOS

"Resulta natural que el género narrativo nos haya habituado a textos donde los autores encuentran material de inspiración en las rutinas (grises o coloridas) que les pertenecen. Por observarlas con mirada profunda las conocen muy bien, más que los que las transitan desatentos. **Marina Villanueva** superó con esta obra cualquiera de los riesgos que entrañan este tipo de desarrollos y capitalizó para el lector todas las ventajas imaginables, dentro de la brevedad de los relatos. Ofrece estos cuentos con contenidos, dándoles en todos los casos una función acertadísima a los títulos de cada pieza y con las lecturas salimos más livianos para someternos a las obligaciones cotidianas, porque de esto se trata, de nuestra cotidianeidad y la imaginación es liberadora".

*Texto parcial del prólogo al libro
"Cuentos con..." de Ediciones
DUNKEN que aparece en estos
días y al cual pertenecen los relatos.*

Correspondencia con la autora:
Colón 218 - 1° "C"
7500 - Tres Arroyos (Bs.Aires) Tel/fax: 0983-30779

Escritores recién publicados:

MARTA de ARÉVALO	MANUEL LAGE TOURIÑO
MARY R. CALVIÑO CITRO	TERESINKA PEREIRA
JOSÉ-ÁNGEL GREGORIO	ROLANDO REVAGLIATTI
ESTEFANÍA SZUBSTARSKI	

Director-propietario de la colección:

CARLOS PENSA
Corrientes 2963 - 2° cpo. - 1° "G"
1193 - Buenos Aires - Argentina
Tel. y Fax: 863-2552 (las 24 hs.)

DISTRIBUCIÓN MUNDIAL

todo es **Cuento**® y

marina
Villanueva

coleccionable

Octubre de 1997

m. V.

CUENTO CON CUCHILLO

Para entendernos bien tendremos que partir de premisas sólidas e inamovibles.

La primera es que no le miento. Ni aún en estas circunstancias. Esto es la verdad y nada más que la verdad.

Admito que siempre tuve debilidad por tijeras y también por cuchillos. No alcancé jamás el grado de coleccionista. Hay filatelistas, numismáticos, quienes poseen pinacotecas. Yo he comprado modestamente algunas tijeras, cortaplumas y demás que he guardado y que jamás exhibiría porque me parece poco considerado lucirlos sin su consentimiento.

La segunda premisa es... lo dejaremos para después.

En mi viaje a Toledo compré tijeras curvas que sólo cortaban si se trataba de bordado a mano. En Dakar adquirí un cortapapel de ébano que jamás abrió carta alguna a menos que fuera remitida desde el extranjero.

No le busque significado freudiano a mis gustos.

La navaja de Sevilla resbaló sobre la longaniza napolitana y calabresa y demostró su filo sobre un buen jamón serrano.

Los cuchillos de los gurka de Nepal o de Marruecos sólo salieron de su vaina si había en televisión un filme de acción y sangre. Las tijeras Solingen que compré en Frankfurt cortaron tela militar y mellaron las coloridas estampadas.

A esta altura coincidirá con mi segunda premisa: las cosas piensan y si las escucha, hablan.

Si aún tiene dudas pregúntele al banco donde está usted sentado qué opina de su sobrepeso. No se anima usted por miedo a escuchar algo sobre su desconsideración, pero aunque no asienta usted ya sabe que las cosas tienen alma y vida y su carácter respetable, por cierto.

Suelo llevarme bien con las cosas porque las atiendo y les dedico tiempo. Cuando nos entendemos, es como si cada cosa formara parte de mi familia. Por supuesto, vivo sola.

La tercera premisa, la habré deducido por mis viajes y por mi soledad, es que amo la libertad y no soporto ni soportaré jamás ser privada de ella. Me hace falta el aire, me asfixio y me ahogo.

¡ Si supiera lo que me contó el aire anoche cuando se filtró por la cerradura !

Todo empezó con el cuchillo comprado en Brasil, luego de una macumba. Antes de comprarlo le pasé la yema de mis dedos para probar su filo y ahí, no más me cortó. Yo dije "es mío" porque éramos como hermanos de sangre.

Evidentemente no le gustaban las alturas y al abrir un placard cayó de punta sobre mi pie, se hundió en él y me hizo brotar la sangre. La cicatriz que ve usted sobre mi pie izquierdo, sí, el que llega al corazón, son las puntadas que me dieron en el hospital a donde me llevaron cuando perdí el conocimiento. Aprendí a apreciarlo.

Hay amores que matan. Si lo dejaba olvidado, me lo devolvían. Si lo ponía en la basura, me tocaban el timbre para restituírmelo. Así debí admitir que su amor era agresivo, porque la cuarta premisa se la dije: Hay amores demasiados posesivos.

Yo estaba con el cuchillo en cuestión de cocina. Él quiso sorprenderme con un abrazo, esos abrazos aprisionadores que cercenaban mis movimientos, mi individualidad, que limitaban mi persona.

Justo me dí vuelta y el cuchillo entró en su carne, y empezó a fluir sangre, bañándolo a él, y a mí, sin que yo pudiera moverme ni hacer nada.

Cuando llegaron los vecinos, yo aún tenía el cuchillo en la mano. No podía soltarlo para nada. Era como si fuera parte de mí misma.

No fui yo. Él se lanzó sobre el cuchillo y se desangró por mí.

Acepte mi conclusión. Soy inocente. Ahora que he aclarado todo para que usted me defienda con hechos concretos, le ruego dos favores: primero, que me saquen cuanto antes de este lugar donde me falta el aire, me ahogo y me asfixio, y segundo, tráigame el cuchillo porque quiero preguntarle si lo mató en un ataque de celos o lo hizo en mi defensa, para que él no me privara de mi libertad con su amor tan posesivo.

CUENTO CON ENTREVISTA

Yo sabía que algún día teníamos que encontrarnos. Tanto lo había nombrado, tanto lo había llamado, incluso le decía "mío". ¡ Sí ! era posesiva aunque no lo hubiera visto nunca.

Le agradecía lo bueno, lo responsabilizaba por lo malo, y al fin lo disculpaba por si acaso volviera a necesitarlo.

Había veces que lo tenía en la boca todo el día, y otras ni me acordaba de él.

De todas formas, lo nombrara o no, él siempre estaba presente.

Alguna vez nos teníamos que ver las caras.

Pasaron muchos años y tuve mis dudas, dudas que fueron muchas y serias: primero sobre si existía, más tarde si nos encontraríamos y además si aceptaría recibirme.

Lo cierto es que hasta cuando lo ví, dudé que fuera él.

Estaba allí, sentado en una silla común. Por supuesto que con mi imaginación lo visualizaba en un trono de oro macizo con pavos reales cuyas plumas parecían piedras preciosas.

Me decepcionó un poco la falta de presentación, pero convengamos que limpio estaba y sin afeitar también. La barba tan viril a mis ojos, lucía, por las canas, casi paternal.

Los ojos siempre los pensé como el cielo, azules y diáfanos y sin embargo eran penetrantes, oscuros, casi moriscos, como su ropaje. El tono de su piel que creí pálida, tenía color moreno. Si hubiera tenido que ubicar su lugar de origen lo hubiera hecho en el Medio Oriente.

Emanaba paz y trasuntaba soledad, que se supone es la patria de los fuertes.

Jamás hubiera aceptado ser él. Tanta responsabilidad vuelve canoso a cualquiera.

El mundo sobre sus espaldas y sin embargo, a sus pies.

Las entrevistas eran ordenadas. Cada uno teníamos nuestro tiempo determinado por un reloj de arena. Nadie se demoraba, pero tampoco esperaba una vez concertada la cita.

Nada de datos personales, porque él ya los tenía. Tampoco había sillones para la espera y frente a él, otra silla igual para dialogar a la misma altura.

Había esperado horas y horas, días y días, años y años. ¡ Qué digo ! había esperado para verlo toda mi vida.

No diría que me lo pasaba pensando en él, pero yo sabía que nos encontraríamos sin saber exactamente cuándo ni dónde.

Fue al final de mi travesía la entrevista. Hablamos poco. Nos saludamos con un apretón de manos, y una leve inclinación de cabeza, con un "hola" desde adentro.

"No te pregunto nada porque ya lo sé todo" me dijo y prosiguió "simplemente quería que me vieras frente a frente". Hizo entonces una pausa para ofrecerme un alimento casi bíblico: yoghurt y dátiles y continuó: "hablan de pan y de vino, pero esto reconforta más".

Frente a una circunstancia como esta se supone que debían estar nerviosa, y me hallaba inexplicablemente tranquila.

Volví a escuchar su voz: "Has tenido tus temores, especialmente con la muerte. Es necesario que recuerdes que el objetivo de la vida es la nada. La muerte es una ley y a veces un derecho. Todos mueren, aunque no de la misma manera. La vida, lo sabías, es una historia que acaba con la muerte".

Entonces dije yo: "No creí en ese loco misterio del más allá. He vivido plenamente, sostengo que la única eternidad que existe es vivir en los demás. Que alguien, alguna vez, se acuerde de nosotros y sé también que cuanto digo es imposible, porque en algún momento ese también morirá y con él su memoria y con ella el recuerdo que tenga de nosotros".

Dijo él: "Creí que tenías en claro que eras un puñado de polvo prestado y que volverías a la Tierra. Nacer es empezar a morir. Se deshoja una margarita ¿por qué no morir tú?".

Dije yo: "Viví y he querido vivir. No quise morir de antemano, porque eso sí, mata. Tuve, no lo niego, a veces el alma rota y la he recompuesto. He sido feliz, y lo he notado por supuesto cuando dejé de serlo porque la felicidad es eso, un peregrino que se nota cuando se pierde del sendero más que cuando transita por-él".

Me miró durante un lapso prolongado para expresar con lentitud: "Has cumplido el primer mandato divino: ser feliz. Los que entienden que deben sufrir, ellos no me han escuchado. Jamás puedo disponer otra cosa, la obligación de ustedes, es precisamente ser felices".

San Pedro interrumpió diciendo: "Dios, la arena se acabó". "Pasa el que sigue" y dirigiéndose a mí me tomó por los hombros y me indicó: "La entrevista que esperaste toda tu vida, llegó, hoy, con tu muerte. Puedes marchar".

Y pregunté yo: "¿Hacia dónde?".